

LITERATURA JUDIA

Parte IV

Mariano Lebrón Saviñón

LAS IDEAS DE CRISTO



LA DOCTRINA de Cristo era revolucionaria, porque la apoyaba un nuevo mensaje, un nuevo testamento, contra la vieja Ley y todas sus drásticas imposiciones. Ese nuevo mensaje tenía como meta una sola palabra, una sola palabra que separaba a Jesús de “los despiadados romanos, los avezados griegos y los dogmáticos judíos”, una palabra pequeña, pero de inconmensurable significado: AMOR. Esa era la palabra clave de su doctrina, de su revolución. Quien no haya comprendido esto y anda buscando en Jesús otras premisas revolucionarias, está perdido.

Todo el edificio secular, dogmático y de profundos cimientos de las leyes mosaicas fue derribado por él con esta sola consigna: “Ama a tu prójimo”. Y ésto fue, fundamentalmente, lo que Jesús predicó durante los últimos meses de su vida.

Pidió volver bien por mal. Quien recibía un bofetón en la mejilla izquierda debía responder poniendo la derecha.

Y, como es natural, ese mensaje de perdón, de amor, de profunda comprensión humana se estrella contra la insensatez

y crueldad de los que le rodeaban. Y toda su doctrina fue resumida un día, desde la cumbre de un monte, donde ante una absorta muchedumbre que le escuchaba soltó su perlar de palabras consoladoras y estremecientes, en el mensaje más profundamente humano que ha resonado en el mundo de los mortales. Lo inicia con el aliento consolador de las bienaventuranzas:

“Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persiguieren y dijeren de vosotros todo mal, por mi causa, mintiendo” (122)

En el mensaje de las bienaventuranzas hay piedad, mucha

piEDAD; consolación para el alma atribulada; bálsamo de dulzor para el afligido, flor de esperanza para el humilde.

Cristo no ofrece nada perecedero, sino la eternidad de la dicha, y pone como condiciones para esa dicha, el ser triste, el ser humilde, el ser pobre, el ser sufriente.

Y continúa con infinita dulzura de voz:

Gozáos y alegráos, porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, mas sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa.

Así alumbrá vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (123)

A partir de aquí la emprende Jesucristo contra la ley de Moisés, borrando de ella sus rudezas (*ojo por ojo y diente por diente*) y su dureza pedernalicia, impuesta a rajatablas:

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; mas cualquiera que matare, será culpado del juicio.

Mas yo os digo que cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere a su hermano, Necio, será culpado del concejo; y cualquiera que dijera, Fatuo, será culpado del infierno del fuego.

Por tanto, si trajeres tu presente al altar y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu presente delante del altar, y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente.

Conciliate con tu adversario presto, entre tanto que estás con él en el camino, porque no acontezca que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en prisión.

De cierto te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

Oíste que fue dicho: No adulterarás.

Mas, yo os digo, que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

Por tanto, si tu ojo derecho te fuese ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus ojos, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti: que mejor es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. También fue dicho: Cualquiera que repudiare a su mujer, déle carta de divorcio. Mas yo os digo, que el que repudiare a su mujer, fuera de causa de fornicación, hace que ella adúltere, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio.

Además, habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás; mas, pagarás al Señor tus juramentos. Mas, yo os digo: No juréis en ninguna manera: ni por el cielo, porque es el trono de dios; ni por la tierra, porque es el

estrado de tus pies, ni por Jerusalén, porque es la cabeza del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer un cabello blanco o negro. Mas, sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no, porque lo que es más de ésto, de mal procede.

Oísteis que fue dicho a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente.

Mas yo os digo: No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra; y al que quisiera ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa; y a cualquiera que te cargare por una milla, ve con él dos. Y al que te pidiere, dále; y al que quisiera tomar de ti prestado, no se lo rehuses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos: que hace que su sol salga sobre malos y buenos y llueva sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazáis a vuestros hermanos solamente ¿qué haces de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". (124)

Es volverse contra la vieja Ley. No lo hacía por rebeldía, sino por amor. En su dulce corazón estremecido, la Thora era inhumana, no podía ser el mensaje de Dios. Su Padre, todo Bondad y Amor.

Pero eso, desde luego, concitaba aversión entre los fariseos, celosos guardadores de esa Ley, que, según la tradición, Jehová entregara a Moisés entre ardientes llamas, en lo alto del Sinaí.

Ahora, siempre dulcemente, pero con firmeza, arremete contra los sacerdotes de las sinagogas, a quienes llama hipócritas:

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas y en los cantones de las calles en pie, para ser vistos de los hombres: de cierto os digo que ya tienen su pago.

Mas tú, cuando oras, éntrate en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre que está en secreto, te recomensará en público. Y orando no seas prolijo como los Gentiles que piensan que por su parlería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosa tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (125)

La única oración posible, pues, la única que llega grata a los oídos de Dios musitada y no vociferada, es la oración del *Padre Nuestro*, que debe decirse según el propio Jesús la enseña:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Danos hoy nuestro pan cotidiano. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos nuestros deudores. Y no nos metas en tentación mas líbranos del mal: porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (126)

A los hombres que carecen de todo, al ofrecerles un cielo de maravillas, les trae el consuelo de dádivas divinas.

“No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o qué habeis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento y el cuerpo

más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan ni allegan en afolés; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? Mas, ¿quién de vosotros podrá, congojándose, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido ¿por qué os congojáis? Reparad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan ni hilan. Mas os digo que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos” (127)

Y termina con una nueva Ley de reciprocidad, con algo que ya resultaba incomprensible para la mentalidad judía:

“No juzguéis para que no seáis juzgados.

Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota y he aquí la viga de tu ojo? ¡Hipócrita! Echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano. No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; porque no las rehuellen con sus pies, y vuelvas, y os despedacen. Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? ¿Y si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Pues, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden? Así que, todas las cosas que quisiérais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas. Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a perdición, y muchos son los que entran por ella. Porque estrecha es

la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la hallan. Y guardáos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.

¿Cógense uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol maleado lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar buenos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego. Así, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos; mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. ¡Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos los demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces le protestaré: nunca os conocí; apartáos de mí, obradores de maldad. Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la peña. Y cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos y soplaron vientos, e hicieron ímpetu en aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina". (128)

Jesús era sincero, profundamente sincero en sus convicciones. Estas lo consumían. Su indignación ante las injusticias del mundo, lo sacaban de casillas, anublando su corazón, y lleno de santa cólera hacía cosas tan fuera de su temperamento como flagelar a los mercaderes.

Este amor a los hombres, y su vehemencia fanática, fueron parte del precio que tuvo que pagar por la ardiente fe que conmovió al mundo. Pero estaba henchido de infinitas bondades; posiblemente ni Gautama, en la plena posesión del nirvana, atesoró tantas amabilidades como este extraordinario Galileo.

Las ideas que Cristo difundió no eran nuevas. Su doctrina y sobre todo, la parte central de la misma, esto es, el Juicio Final y el Reino Eterno, tenía ya más de un siglo entre los judíos, y éstos vivían soñando con ese reino que su nuevo profeta les anunció de manera tan dulcemente convincente.

También en el Antiguo Testamento venía atemperándose la rudeza de la Ley. Ya en el *Levítico* se ordena amar al prójimo y, en particular, al extranjero, que es una de las maneras de amar sostenidas por Cristo. Y así, en las mismas leyes mosaicas se lee:

“Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que peregrinare entre vosotros; y ámalo como a ti mismo, porque peregrino fuisteis en la tierra de Egipto: Yo, Jehová, vuestro Dios” (129)

Uno de los preceptos contenidos en el sermón del monte y que dice: “Pondrás tu mejilla siniestra al que te abofetee en la diestra”, ya había sido expresado por los profetas Jeremías e Isaías.

En el *Exodo* se les había ordenado a los judíos hacer bien a los enemigos (130). Todos los profetas que precedieron a Jesús predicaron el Bien, ponderando, por sobre toda otra condición, la vida recta, y ya en Isaías y en Oseas, Jehová se iba convirtiendo de Dios de los Ejércitos en el Dios de Amor que Cristo ofreció a su pueblo. (131) Hilel (precursor de Cristo), lo mismo que Confucio, había formulado la Regla de Oro.

El que Jesucristo hubiera heredado las enseñanzas morales de su pueblo, no va en desmedro de su personalidad ni de su mesianismo, pues él se consideró, a todas horas, como un judío continuador de las obras de los profetas, en lo que éstos tenían de austeros, de nobles y de valientes, de mansos y de puros. Solamente una vez, la cólera le arrebató y fue cuando la emprendió a latigazos contra los mercaderes.

Se sentía tan judío, que cuando ordenó a sus apóstoles la

difusión de su Evangelio, les recomendó solamente hacerlo entre judíos:

“Por el camino de los Gentiles no iréis—les dijo— y en ciudad de samaritanos no entréis; mas, id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (132).

Esta fue la causa por la cual el cristianismo, después de la muerte de Jesús, estuvo a punto de no alcanzar su carácter ecuménico, quedándose en una parva secta local, cuando los apóstoles vacilaron en ir por los caminos del mundo gentil para difundir la Buena Nueva. (133).

Los samaritanos eran enemigos de los judíos y por eso Jesús dice a la samaritana, a quien ha ofrecido agua de eternidad: “La salvación viene de los judíos” (134); y a la cananea que le pedía que curara su hija, al negarse a hacerlo le dice: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de Israel” (135)

Mas, sobre todo judaísmo se impone la bondad de su corazón, y da a la samaritana agua de eternidad, ganándola para su causa, y cura a la cananea.

Al leproso que cura, le dice: “Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece el presente que manda Moisés” (136)

Porque si bien traía un mensaje que refrescaba con el rocío del amor la calidez de las leyes mosaicas, él no busca otra cosa sino despertar la dormida fe, estragada en el alma de los hombres, y por eso lo dice en el *Sermón de la Montaña*:

“No penséis que he venido para abrogar la Ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir” (137)

Para las autoridades judías el Cristo no era sólo un insensato que se permitía tomar por su cuenta las imposiciones de la ley, sino un látigo implacable que fustigaba su ortodoxia, y transgredía, a cada instante, los cánones a los que ellos se asían con fanática fidelidad. Por eso todas las

sectas, menos la de los esenios, le fueron adversas. No les irritaba el que predicara por los caminos, trayendo a sus prédicas algunas doctrinas nuevas, cosa sólita en este pueblo, pero, acorde con el sagrado canon, los soliviantaba el que se atribuyera la potestad de perdonar los pecados, como cuando arrancó de los lapidadores las piedras con que iban a sepultar a la adúltera, perdonándola "porque había amado mucho". Los encolerizaba el que hablara a nombre de Dios, declarándose su Hijo. Pero cuando lo llamaron Dios a él mismo, los sacerdotes, en su cólera airada, llegaron al frenesí.

Algo más les era odioso a los aristócratas escribas y a los fariseos, y era el verle, con su tropa de mendigos, comer en banquetes de ricos, condescender con odiados funcionarios romanos y dejarse homenajear por mujeres de mala nota. Su paso por los pueblos tenía, a veces, la apariencia de una sedición.

A su entrada en Jerusalén, en la víspera de Pascuas, se le recibió como un rey: se levantaron penachos de palmas, se gritó *Aleluya*, se cantaron *hosannas*. (138)

Los sacerdotes y los miembros del Sanedrín le vigilaban con inquieta sospecha; se infiltraban en sus filas y le preguntaban cosas, procurando que, en sus respuestas, Jesús se pusiera en conflicto con las leyes y con el régimen imperante.

La misma suspicacia que una vez tuvo Herodes contra Juan, alentaba ahora a fariseos y saduceos. Si todo aquello era un disfraz de mesianismo y prédicas falaces y los romanos llegaban a evidenciarlo antes que ellos ¿no podían caer en la desgracia del Pretor que les acusaría de descuidar sus responsabilidades y del deber de mantener el orden social?

Pero el colmo de la alarma, y ésta fue la principal acusación que le endilgaron, surgió cuando Cristo habló de su poder para destruir el templo. Entonces no pudieron creer que se trataba de una simple metáfora.

Para colmo, Cristo era acerbo cuando aludía a escribas y fariseos.

No podemos afirmar que en todo momento la razón estuviera de parte de Jesús, cuando estigmatizaba a los judíos.

Como en todas las sectas y religiones había en ésta muchos dignos de censura, hipócritas y falsarios. Pero la mayoría de los fariseos actuaban de acuerdo con la Ley, y muchos pensaban, como Jesús, que esa Ley debía ser suavizada y humanizada.

Durante agrega más a todo ésto:

“Es más que posible que un buen número de miembros de la secta fuesen hombres sinceros y honrados en grado discreto, que estimaban que las leyes rituales que Jesús desatendía no debían ser juzgadas en sí mismas sino como parte de un código que servía para mantener unidos a los judíos, sosteniendo su dignidad y su orgullo en medio de un mundo hostil” (139)

Algunos fariseos simpatizaban con Jesús y le prevenían contra los enemigos que tramaban su muerte. Tal se lee en San Lucas:

“Aquel mismo día llegaron unos Fariseos, diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar”. (140)

Uno de los buenos amigos de Jesús, Nicodemo, era fariseo. Y aunque Jesús venía como mensajero de la Buena Nueva maravillosa, muchos de sus propios partidarios lo consideraron un Mesías político que un día destruiría el poder romano, y por eso, a su entrada a Jerusalén lo trataron como el Rey de Israel, como se lee en San Juan:

“Tomaron ramas de palmas y salieron a recibirle, y clamaban: Hosanna, Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel” (141).

Y por esas exclamaciones sufrió Jesús la condena de un revolucionario.

LA OBRA DE JESUS.

Jesús apareció en la etapa más agitada y oscura del pueblo judío, con la sola excepción de la época prebabilónica. La fe judía se resquebrajaba lentamente con la quiebra de la libertad, y aunque los Macabeos llegaron a restablecerla, ésta pasó, estragada y agónica, a la mano férrea de los romanos.

Bajo el cayado de este exótico pastor, la fe se tambaleaba.

Con cada nuevo profeta que aparecía con carácter guerrero —fuera de Judas Gaumalitas, Hillel o los Macabeos— se presentía la aparición de un Mesías, un libertador, un campeón de Jehová, enviado a la tierra para la salvación de su pueblo. De esta manera Jesús fue el centro histórico de una serie de levantamientos mesiánicos, pero con carácter bélico, dirigidos contra los romanos, no solamente en las cercanías de la fecha de su aparición, sino ya, desde el mismo momento de la conquista llevada a cabo por Pompeyo, sesenta y cuatro años antes del nacimiento de Jesús, y que no se detuvieron nunca, obligando a Tito a destruir el templo, 70 años después de nuestra era, y a Adriano a dispersar los judíos por el mundo en el 135 d. de C.

He aquí por qué, de primera intención, pudo haberse creído que Jesús era un guerrero más, que iba a darle brete a los romanos.

Para darle una interpretación sociológica y rigurosamente histórica a la aparición de Jesús, interpretando las metáforas del Nuevo Testamento y su sentido gnóstico, hay que estudiar profundamente las realidades históricas que hay detrás de él. Por eso dice Max Weber:

“No podrá comprender sociológicamente la aparición del cristianismo quien en el estudio de los Evangelios no haya sabido vivir la violencia casi pavorosa y la proximidad realista de esta figura que es, en sentido espiritual, la más revolucionaria de la historia” (141 bis)

No podemos, pues, dudar de la existencia real de Jesús, porque es esta existencia real la única que hace posible las formulaciones del *Sermón de la montaña*, presumiblemente estilizado en sus diferentes versiones, pero un documento singular en su esencia. En cada frase del *Sermón de la montaña* se encuentra una inversión clara de todo lo que hasta entonces constituía la naturaleza esencial del carácter judío. Es, en una palabra, una declaración de guerra contra todo lo que era tradición y ley en la antigüedad, en la Grecia heroica y en la brillante Edad de Oro de Pericles; en la Roma imperial y triunfadora, y entre las casas señoriales del Asia Menor, Persia, Mesopotamia y en la misma Judea. Es un grito de guerra contra el ideal heroico del guerrero propio de esas culturas, que tallaban en mármol duro el ideal viril y sus propias empresas terrenales. Para la cultura romana el cristianismo era su antítesis. Pero, no obstante la pureza del alma de Jesús, a pesar de la mansedumbre orante del cristianismo, a pesar de su creciente rumor de plegarias, el cristianismo, desde la voz amorosa de Jesús, se anuncia como lucha.

“Yo no he venido a traer la paz, sino la espada”; “quien no está conmigo está contra mí”.

Y era todo esto, compréndase bien, algo diametralmente distinto a todas las sectas judías de la época, aun a la secta de los esenios, que eran, desde 150 años antes de Cristo, una congregación amorosa, buena, piadosa, henchida de caridad, y en espera, como los budistas, de la purificación. Pero los esenios no hacían daño a nadie; no iban contra ninguna ley, y por eso los judíos les dejaban seguir tranquilamente su camino.

En este mundo, Jesús, con su ética luchadora, vino a ponerlo todo de cabeza: las normas y los signos, sobre la base exclusiva de una fe creada por él. Y esto era inaudito para los judíos y, sobre todo, la idea de un Mesías redentor del mundo. Bajo estos cánones se estructuraron las bases del

cristianismo inicial. Y son la base de una revolución universal.

Jesús surge como algo que se necesita de antemano en el pueblo judío, que era la contraparte del mundo señorial romano, que entonces gravitaba sobre Oriente.

LA MUERTE DE JESUS

Jesús fue clavado en la cruz, tras hacerle recorrer, con ella a cuestas, el *Vía Crucis*, es decir, el camino que conducía al Calvario.

Las ropas de los moribundos ajusticiados se repartían entre los soldados, de acuerdo con la costumbre romana. Pero como Cristo no tenía más que un vestido, se echaron suerte sobre éste y aquí oímos un eco del *Salmo 22* que dice:

Partieron sobre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suerte. (142)

El propio *Salmo* empieza con el siguiente versículo:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?

que es la misma desgarrante expresión que San Mateo y San Marcos atribuyen a Cristo agonizante:

“Y cerca de la hora nona, Jesús exclamó con grande voz diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabachtani? Esto es: Dios mío, Dios mío: ¿por qué me has abandonado” (143) “Y a la hora nona exclamó Jesús a gran voz diciendo: Eloi, Eloi ¿lama sabachthani?, que declarado quiere decir: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” (144)

¿Por qué esta exclamación tan desoladoramente humana?

La fe que sostuvo ante Pilato, con fuerza suprahumana ¿le fallaba ahora convirtiéndose en amarga duda?

San Lucas, no queriendo llevar claudicación humana a los

santos momentos heroicos de su muerte, sustituye esta exclamación por otra más divina y resignada: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (145), palabras que, a su vez, repiten las del Salmo 21 versículo 5.

La crucifixión no era un castigo judío sino romano y se reservaba para delincuentes y rebeldes. Este castigo casi siempre se precedía de crudelísimos azotes, que aplicaban expertos sicarios y dejaban el cuerpo convertido en una maltratada masa sanguinolenta.

Los soldados romanos dieron crudos azotes a Jesús y, llenos de sádico encono por aquéllo de *Rey de los judíos*, que fue una de las acusaciones que los fariseos llevaron con el objeto de inclinar a Pilato contra el reo, burlaron esta realeza poniéndole una rama desnuda, como cetro; un lienzo raído, como manto, y una corona de espinas que rasgó su frente y su cráneo, llenando de sangre su dulce faz.

Encima de la cruz se colocó la ya aludida tablilla con el INRI. Esta condena de Cristo por Roma fue la de un revolucionario. Esta es, por lo menos, la opinión de Tácito en sus *Anales*.

El pueblo judío no compartió la condena de Jesús. Lo había visto consolar a los que sufren, curar enfermos, hablarles con infinita bondad de una promesa de amor, y no creía que fuera todo lo culpable que decían las autoridades.

Los que gritaron a Pilato: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”, formaban una pequeña turba, tan reducida, que cabía en el pequeño patio del pretorio. Pero en el camino hacia el Gólgota, le seguía una gran multitud del pueblo (146) y de mujeres que lloraban y se golpeaban el pecho. En ese trecho hacia su muerte el maltratado profeta no se vio abandonado. El pueblo que tanto había querido, no sólo no aprobó la injusticia cometida con su Mesías, sino que le acompañó en su camino de amargura.

San Lucas revela: “Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, se volvían hiriendo su pecho” (147)

Un judío influyente y que había sido discípulo de Jesús,

llamado José de Arimatea, pidió a Pilato el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, lo ungió y lo llevó al sepulcro, tras embalsamarlo con mirra y óleo.

SAN PEDRO Y SAN PABLO.

De la misma manera que no podemos negar la existencia de Cristo, hay evidencia de la de los apóstoles principales, por ser los que tuvieron preponderante papel en la difusión del cristianismo. Tal es el caso de Pablo y Pedro. Hay documentos que prueban que ambos apóstoles estuvieron en Roma, predicaron la fe de Cristo, y sucumbieron en la persecución desatada contra los cristianos por Nerón. Las ocultas catacumbas, recientemente abiertas, prueban que en esos recintos subterráneos tuvieron lugar las ceremonias del nuevo ritual. Además, la historia extrabíblica los coloca, irrefutablemente, en el marco histórico de Roma.

LOS EVANGELIOS. JOSEFO Y JESUS.

Cuando los romanos llegaron a Judea, Poncio Pilato llevó al templo de Jerusalén, que no había tenido imágenes, el estandarte imperial con la efigie cesárea.

En ese escenario es posible que haya sido real, sin razón a dudarlo, la presencia mesiánica de Jesús, tal como 70 años después lo relata el Evangelio de San Marcos y 120 después, el de San Juan.

De esto Josefo muestra ignorancia y su mención ulterior en la edición bizantina de su historia, que es el único relato extraño a la Biblia que, aunque breve, lo confirma todo, no parece de prístina procedencia. Nadie puede afirmar o negar su autenticidad, pero si este relato es verídico, resulta de inapreciable valor, por la descripción naturalista que hace de Jesús, descripción que los cristianos rechazan, porque nos lo presenta muy distinto al hermoso y santificado de la tradición.

En esta descripción naturalista de Jesús dice Josefo que

era “de tez oscura, de pequeña estatura, de tres codos de alto, jiboso, con rostro alargado, con cejas que se juntaban, las cuales podían asustar a los que le veían, con poco cabello, desmelenado y partido por una raya sobre la frente, al modo de los nazarenos, con escasa barba, pero actuando con una fuerza invisible, influyendo decisivamente con una palabra, con un mandato” (148)

Este Jesús pertenecía al sector de los humildes, de los oprimidos, de los agobiados, de los sufrientes. Y es a las gentes de estos sectores a quienes: Jesús (que era un obrero ambulante: un carpintero) se dirige en el revolucionario y revolucionador *Sermón de la montaña*, aparentemente sencillísimo, pero de tan grave profundidad. Por eso, por las cosas que dijo en ese sermón, donde ofrecía a los pobres, a los humildes, a los perseguidos, a los hambrientos, el reino de los cielos; por la fama de sus milagros, generalmente efectuados en esas gentes, no hay que dudar que el pueblo ignaro lo viera como un libertador frente a cualquier necesidad o cualquier opresión. Y que un sector de ese pueblo lo viera emerger, alguna vez, como un Mesías, el esperado Mesías, o como un rey, el rey de los judíos. Esto es lo que dice y explica en su reconstruido relato el judío historiador Josefo.

PERSECUCION DE LOS CRISTIANOS.

La aparición del cristianismo, con la discutida inversión de todos los valores conocidos hirió en su propia entraña vital la estructura señorial y egregia del mundo antiguo.

Y así como el cristianismo abandona el área influyente de la ortodoxia judía, la lucha fue emprendida por los gentiles. Es como decir que el mundo antiguo recogió el guante que el cristianismo le arrojó, y sintiéndose amenazado, se cernió sobre su esencia tradicional. Esto explica las persecuciones de los cristianos, que van desde el año 64 hasta el 304.

La primera de esas persecuciones, iniciada por Nerón,

estaba combinada con las persecuciones contra los judíos, y era, de hecho, más persecución contra los judíos que contra los cristianos; las cuales, probablemente, condujeron a la muerte de San Pedro y San Pablo, que se encontraban en Roma.

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA.

Hasta el año 70 el cristianismo se predicó en las sinagogas, con preferencia a otro lugar. Fue difundido entre los judíos. Tuvo los caracteres del *judáismo*, del cual se diferenciaba muy poco.

De modo que el *cristianismo* inmediato a la muerte de Jesús adoptó las ceremonias, prácticas y vestiduras del culto hebreo.

El *cerdero pascual* del sacrificio pasó a ser el *Cordero de Dios* —el AGNUS DEI de la misa católica —que se transformó en el propio Jesús, único cordero del rebaño celeste capaz de borrar todos los pecados.

Para regir la Iglesia se nombraron ancianos (*presbyteris*, presbíteros), cuya misión era, entre otras, la de administrar la sinagoga. Muchas de las festividades judías, como la pascua de *Pentecostés*, entraron en el calendario cristiano, cambiando su carácter y fecha.

La *Dispersión* —(diáspora) judía fue lo que principalmente contribuyó a la rápida difusión del cristianismo. Los judíos, en su errante peregrinación se desplazaban constantemente de una ciudad a otra, a lo largo del Imperio, con grandes vinculaciones conseguidas a través del comercio, la red vial de los romanos y la paz de que se gozaba; y de esta manera fueron difundiendo las doctrinas cristianas. Lo que empezó siendo un movimiento racial, y muy localizado, va a hacerse universal, siguiendo grandes trayectorias fantásticas.

Con Cristo y con San Pedro el cristianismo era exclusivamente judío; Cristo predicó una fe a los judíos y para los judíos, muy lejos de la idea de que llegara a los gentiles; ni siquiera a los samaritanos. Pedro, judío de pura

cepa y de mente muy localizada, recogió la doctrina de Cristo y la hizo suya, sólo en su calidad de judía.

Con San Pablo, nacido en Tarso, de formación griega y mente abierta, el cristianismo se hizo casi griego. El catolicismo —que lo universaliza— lo hace romano. El protestantismo lo vuelve al elemento arcaico, que es la tónica judía.

Ritos antiguos se mezclaron con el rito sagrado universal. El pan y el vino, que tenían estos cultos como dádivas colocadas en el altar, delante de Dios, se transformaron, por obra sacerdotal de la consagración, en el cuerpo y la sangre de Cristo, que instituye el sacramento de la *comuni6n*, representando el ritual como una repetici6n de Dios, como Cristo en la cruz. (Tambi6n simboliza la 6ltima cena, donde Cristo ofreci6 su sangre y su cuerpo).

Luego, en una ceremonia de alta devoci6n, los devotos compartían la misma vida y sustancia que su Salvador. Por eso la misa es un sacrificio simb6lico, la repetici6n del sacrificio del Hombre Dios, en una ceremonia de gran significado.

Era una vieja creencia consagrada por el pueblo y se hizo accesible a la mentalidad pagana, porque no tenía que hacer esfuerzo para aceptarla, y el cristianismo entonces se convirti6 en la 6ltima y m6s grande de las religiones de misterio, al recogerla en el misterio de la misa. Era una costumbre de origen muy humilde, pero de desarrollo muy hermoso. Al adoptarla, la Iglesia no hizo otra cosa sino una manifestaci6n m6s de su gran sabiduría y su maravilloso poder de adaptaci6n.

Ninguna otra ceremonia hubiera sido m6s fortalecedora del alma solitaria, ni m6s accesible al mundo hostil.

En el orbe pagano existía, con su admirable sencillez, este doble s6mbolo del pan y el agua, debidamente consagrados. En los misterios de Mitra, los devotos recibían del corifante pan y agua previamente sometidos a un ritual de consagraci6n. Los conquistadores espańoles se quedaron sorprendidos al encontrar ritos similares en las religiones de los amerindios de M6xico y Per6.

Jamás la humanidad había presenciado el espectáculo consolador y adorable de una religión tan seductora. No diferenciaba cultura, edad ni raza. Hacíase accesible a todos. No se limitaba a un solo pueblo, como sucede con el judaísmo, ni iba dirigida a una casta ni a una condición humana, como sucedía con el culto pagano de Grecia y Roma, sólo aceptable para el hombre libre, sino que iba por igual al rico y al pobre, al libre y al esclavo y, en última instancia, era un grito de esperanza para el sufriente.

El primer baluarte del cristianismo fue el Asia Menor: hacia el año 300, las poblaciones del Efeso y Esmirna eran, en su mayoría, cristianas. Luego la nueva fe fue extendiéndose, con gran fortuna, por el norte de Africa: Cartago e Hipo se convirtieron en máximos centros de la filosofía y polémica cristianas. Allí surgieron los grandes padres de la Iglesia: Tertuliano, Cipriano, y Agustín. Se compuso allí el texto latino de la misa y se tradujo, por primera vez, al latín, el Nuevo Testamento.

La primera distinción en la organización de la sociedad romana, fue la de *Maestro* y *Discípulo*, o lo que es lo mismo, la Iglesia *docente* y *discente*, aún cuando desde el principio el pueblo tenía participación en las funciones del sacerdocio. La vida era la misma en las diferentes comunidades de fieles y sus caracteres principales eran la sencillez y la pureza. Largos lapsos eran dedicados a la oración y otros a las lecturas de los libros considerados sagrados, y se celebraban *ágapes* o cenas de caridad.

San Justino pinta esa sociedad con las siguientes palabras:

“Los que antes (como yo) eran esclavos de la sensualidad, sólo encuentran hoy alegría en una vida pura y sin mancha; los que otras veces preferían el oro a todo, dan ahora cuanto poseen a los pobres; los que en otros tiempos se odiaban y no querían tener ningún comercio con hombres extraños por la patria o las costumbres, después que vino Jesucristo viven en paz con sus

enemigos, oran por ellos y procuran ablandar a aquellos que los persiguen con su odio”.

Algunos cristianos más austeros todavía marcharon hacia lo escondido de parajes solitarios, entregándose sempiternamente a la contemplación y la penitencia, y recibieron el nombre de *anacoretas, eremitas y monjes*, que equivale al de solitario. Más tarde se reunieron en conventos, escribiendo reglas comunes y estableciendo los monacatos.

Por eso ha dicho un ilustre escritor:

“La función histórica del cristianismo fue restablecer la base moral del carácter y la sociedad, dotando de sanción y apoyo sobrenatural los poco simpáticos mandamientos de orden social; inculcar, en los rudos bárbaros, ideales de conducta más amables por medio de una creencia espontáneamente compuesta de mito y milagro, temor, esperanza y amor”.

SAN PABLO.

Pablo de Tarso fue el creador de la teología cristiana. No fue discípulo de Jesús, sino que, por el contrario, imbuido de ideas muy disímiles a las de los cristianos, los despreciaba; y cuando se desencadenaron persecuciones contra éstos, porque su manera de ser rozaba con la dialéctica de los gentiles, vulnerándola, él se sumó a los persegutores.

Y algunas de sus piedras fueron de las que contribuyeron a la muerte de San Esteban.

De modo que cuando Pablo se convirtió, por mor, según la leyenda, de un milagro, en vez de marchar hacia Judea, se volcó con sus prédicas por los pueblos de la paganía, por lo cual se le llamó *apóstol de los gentiles*.

Ese milagro se produjo en el camino de Damasco, cuando Jesús se le apareció como una sombra iluminada preguntándole por qué perseguía a sus gentes.

Su condición de ciudadano romano, una vez convertido,

lo libró de sufrir persecuciones violentas, pero fue hecho prisionero y enviado a Roma, donde se le puso en libertad y se encontró con Pedro.

Desde el cautiverio se consolaba enviando a su rebaño tiernas y orientadoras epístolas, henchidas de nueva fe. Probablemente esas epístolas escritas durante diez años, y que figuran en la Biblia, después de *Los hechos de los apóstoles*, fueron en un número mayor que el que conocemos.

Ninguna de esas cartas parece escrita de su puño y letra, sino que las dictaba a alguien, aunque al final agregara una rápida *post data*. Se conjetura que nunca las revisó, que las enviaba tal como las había dictado, a juzgar por su mala redacción, sus insistentes repeticiones y la oscuridad de algunos pasajes.

Pero eran cartas sinceras, mensajeras de una profunda fe, de una devoción inmensa por una causa grande y de una fuerza sugerente tal, que este epistolario resulta una verdadera joya de la Literatura. El lenguaje, en algunos párrafos, adquiere un encendido tono de nobleza y elevación.

Todo el encanto de Cicerón, toda la ternura de Epicteto, toda la pedante profundidad de Séneca desaparecen al lado de esta ardiente y movable fe.

San Pablo es el hombre que realiza, con visión que no tuvo ninguno de los discípulos de Cristo, la integración del cristianismo, que hasta entonces, a pesar de su gran fuerza, no había logrado con su doctrina teológica rebasar los límites de una simple secta judía, una más de las muchas existentes. El crea una Teología que encuentra escaso asidero en las palabras de Cristo.

Con sus doctrinas del pecado y de la gracia; con sus doctrinas de la purificación y de la redención; con sus doctrinas, extraídas de la concepción de los misterios, de la transformación neumática, hizo un injerto ideal del cristianismo, sin quitarle sus esencias verdaderas, con el mundo general de creencias e ideas de la redención, entonces predominante.

Según San Pablo, todo hombre nacido de mujer hereda el

pecado de Adán, pecado que gravita inexorablemente sobre la humanidad veleidosa, y del cual puede redimirse el hombre por el sacrificio divino del Hijo de Dios. Y, por una razón obviamente conocida, esta teoría era más necesaria y aceptable para el pagano que para el cristiano.

San Pablo llevó a cabo la maravillosa inserción de sus teorías, con un criterio científico e inteligente, en diversos grados de explicación y comprensión, según las necesidades del medio y la calidad de su conglomerado.

Los pueblos antiguos, incluyendo Egipto; los pueblos de Asia Menor, y aun la misma Grecia, habían creado la idea, el mito órfico, de dioses que por su amor a la humanidad, y en un afán de redimirla, habían trocado su inmortalidad por la muerte.

Tales son los casos de Osiris, de Atis y de Dionisos. Estos dioses habían recibido nombres acordes con su sacrificio: unas veces se le llamaba *Sóter* (Salvador) y otras *Eleuzerios* (Libertador). San Pablo llama a Cristo, insistentemente, *Kyrios*, esto es, Señor, que era el nombre que en los escondidos cultos sirio—griego se le daba al agonizante y redentor Dionisos.

Por eso estos pueblos a quienes se dirigió San Pablo en sus cartas (Antioquía, Efeso, Gálapa, Tesalónica, etc.), que no habían conocido al Jesús de carne y hueso, sólo podían aceptarlo comparándolo con sus dioses salvadores. Así, cuando San Pablo se dirige a ellos, les dice solemnemente:

“He aquí, os digo, un misterio”.

Pablo encontró un sueño de escatología judaica, confinado en las ideas puramente locales de la Ley hebrea, e hizo una inteligente conversión, libertándolo y engrandeciéndolo, haciendo de todo ello una verdadera fe capaz de mover el mundo.

Eso es lo que hizo San Pablo: “Con la paciencia de un estadista entretejió la ética de los judíos con la metafísica de los griegos y convirtió al Jesús de los Evangelios en el Cristo de la teología”.

Al crear la teología, borró todo lo que podía haber de superstición o de absurdo en el relato, y lo hizo accesible a mentes más elevadas que los simples pescadores y artesanos que escucharon el mensaje de Jesús. Con su mente griega, Pablo hizo una transformación del misterio, que fue una recreación, e hizo una nueva forma del drama de la resurrección, que sería punto central de todos los otros dramas de la vida de Jesús.

La prueba de la más alta virtud era la fe, y no la conducta, idea que será la que predomine a lo largo de la Edad Media.

El cambio fue trágico, pero parecía ser el deseo de la humanidad. En el mundo había muy pocos hombres capaces de realizar la obra espiritual y portentosa de Cristo, ni aun poseyendo el germen de la más alta santidad, pero todos podían elevar su alma a la fe y a la esperanza de la vida eterna.

Toda esta revolución fue realizada sin quitarle nada al cristianismo; nada, por lo menos, de su forma vital, nada de su ética ni de su agresividad.

Todos estos elementos, la obra colosal de San Pablo, la obra imponderable y casi increíble, fue la de darle compactación, eternidad y universalidad al cristianismo.

Por ésto, sólo por ésto, y no por su labor misionera, podemos considerar a San Pablo el verdadero creador de la escuela cristiana. Como muy bien dijo Will Durant: 'El protestantismo fue el triunfo de San Pablo sobre San Pedro: el fundamentalismo, el triunfo de San Pablo sobre Cristo' (149).

- (122) San Mateo 5. 3 a 4.
- (123) San Mateo 5.12 a 16.
- (124) San Mateo 5.21 a 48.
- (125) San Mateo 6. 5 a 8.
- (126) San Mateo 6. 9 a 13.
- (127) San Mateo 6. 25 a 29.
- (128) San Mateo 7. 1 a 17.
- (129) Levítico 19. 34.
- (130) Ex. 23. 4-5.
- (131) Isaías 1. 2, Oseas 6. 1 a 3 y 14. 9.
- (132) San Mateo 10. 5-6.
- (133) Hechos caps. 10 y 11.
- (134) San Juan 4.22.
- (135) San Mateo 21.24. San Marcos 22.27.
- (136) San Mateo 8.4.
- (137) San Mateo. 5. 17.
- (138) San Mateo 21. 8 à 11. San Marcos 11.8 a 10.
- (139) Ob. cit.
- (140) San Lucas 13. 3i.
- (141) bis) Ob. cit.
- (142) Salmo 22. 18.
- (143) San Mateo 17. 46.
- (144) San Marcos 15.34.
- (145) San Lucas 23.46.
- (146) San Lucas 23.26.
- (147) San Lucas 23. 48.
- (148) Cit. de W. Durant.
- (149) Ob. cit.